

De Zitilchén: la relevancia de un espacio ficticio



MIGUEL G. RODRÍGUEZ LOZANO

A la distancia, el libro de cuentos *De Zitilchén* (1981) de Hernán Lara Zavala no pierde interés para un lector asiduo a la escritura que busca salir de lo narrativamente establecido. En su momento, aquel libro logró alejarse de los temas propuestos en los que la moda citadina era la bandera más socorrida; de hecho, el autor optó por un cambio más benéfico: ir hacia la provincia.

Lara Zavala pasó tiempo en la ciudad de su padre: Campeche. Ahí reconoció y aprehendió todo el ambiente que después desarrollaría en *De Zitilchén* y, de otra manera, en su única novela hasta ahora: *Charras* (1990). De esas experiencias, cotidianas y motivantes, Silvia Molina escribe:

su padre, como el mío, es campechano. Ambos tuvimos una época en la vida de vacaciones en Campeche y, para los dos, aquellas temporadas fueron, en nuestra intimidad, la experiencia de un ambiente y una atmósfera que más tarde afloraría de una manera o de otra en nuestro respectivo trabajo. (p. 109.)

En el caso concreto de Lara Zavala, lo realizó abiertamente, más que en el resto de sus obras, en *De Zitilchén*, libro de cuentos con nueve historias.

La publicación de *De Zitilchén* no dejó un mal sabor de boca en los lectores acostumbrados a los cuentos urbanos en los que la ciudad centraliza su imagen para desacralizar lugares comunes. Es más, el libro de Lara Zavala era un respiro: "cansados de tanta historia defeña, de tan poco sabor de ambiente con que se ha venido escribiendo la narrativa mexicana en los últimos veinte años, un libro como el de Lara Zavala es una ventana abierta; una corrien-

te refrescante" (Ruffinelli, 10). Unido a esto, la pulcritud escritural y formal de los cuentos fue resaltada de inmediato; se estaba frente a un autor que daba muestra de un conocimiento global tanto del ambiente (el sureste mexicano) como de las formas de narrar, en este caso, el cuento. Con el tiempo, la crítica literaria no ha dejado de referirse a ese libro.

Más de diez años después, en 1994, salió una nueva edición de *De Zitilchén* en la que Hernán Lara Zavala agregó cinco relatos más. Sin modificaciones de estructura y contenido, esta última edición, que utilizamos para estas reflexiones, conserva bien, incluso con los textos agregados, el ambiente temático que se presenta desde la primera publicación y da seguimiento a lo dicho por el autor: "Aspiro a narrar de manera natural y sencilla" (1995, 100).

La edición original de *De Zitilchén* publicada por la editorial Joaquín Mortiz contenía los cuentos "A la caza de iguanas", "Macho viejo", "Morris", "El beso", "Un lugar en el mundo", "El padre Chel", "Cuando llegaba el circo", "En la oscuridad" y "Legado". En la última edición aparecen además "Carta al autor", "La seducción", "La pelea", "Flor de nochebuena" y "María". Todos los cuentos sin excepción están recreados atinadamente y el paisaje cumple con su cometido, pues al lector le queda clara la geografía ficcional que se desprende de las historias, las mismas que se adentran en los anhelos y deseos de cada uno de los personajes. En "A la caza de iguanas", por ejemplo, los personajes-niños Chidra y Crispín más el narrador-niño transforman sus creencias sobre Xtabay a tal grado que desde su mundo infantil creen descubrir a la diosa a través de la presencia de una mujer:

De nueva cuenta nos relató cómo el día anterior, mientras vagaba por los manglares, había visto a una mujer, alta, blanca, rubia, bañándose en la aguada. Chidra la describió meticulosamente: la había visto íntegra, bella, desnuda, casi divina. Embebidos en las palabras de Chidra noté, primero con pudor, y luego con alivio, que los tres experimentábamos la misma sensación. (p. 23.)

Este tono de ternura y descubrimiento se nota también en otro cuento, "Macho viejo", al establecer la relación entre éste y Papá Chito, quien le ofrece a Macho a una de sus hijas para que le den un nieto. La sorpresa es mayor cuando el Macho confiesa su impotencia.

Los temas que se presentan en *De Zitilchén* son diversos. Si en los ejemplos anteriores la interioridad de los personajes se convierte en base narrativa, en otros cuentos Lara Zavala se atreve a profundizar en situaciones de vida como el deseo ("El padre Chel"), las diferencias raciales ("Un lugar en el mundo") o la nostalgia del pasado ("En la oscuridad"), temas que son vistos desde diferentes ángulos, pero siempre sin perder de vista la geografía de *De Zitilchén*, la cual determina actitudes y pensamientos: "A medida que uno va adentrándose en el pueblo se divisan las

primeras casas de mampostería. La sensación de estar en Zitilchén no se da, sin embargo, sino al pasar por la gasolinera, frente al Ramal ... Es el mediodía de un viernes de diciembre. Un hombre solo desciende del vehículo" ("Legado", p. 99). La manera en que se desarrollan los temas es muy similar estilísticamente en todos los cuentos. Existe un narrador en tercera persona que cede la experiencia temática (amorosa, de odio o desesperación) a los personajes:

Una tarde, sin sospecharlo, María descubrió la razón de la asiduidad de Concepción: él se había acercado a ella, a María, porque deseaba hacerse novio de Irlanda. "Como es tan seria y tan huraña quise ver si tú me podías dar la mano. Además tu papá no me ve con buenos ojos así que necesito que le hables bien de mí." Qué extraño, María llegó a pensar que haría una pareja armónica con Concepción y tal vez Ermilo con Irlanda. Pero resultó al revés. Cuando su padre habló con Concepción, que tenía fama de niño rico y consentido, le advirtió que cuidadito y se fuera a burlar de su hija porque podía costarle caro. ("María", p. 137.)

Con ello se crean diferentes sensaciones sobre el lugar, que pasa a ser un magno universo de experiencias. Así, temáticamente el libro *De Zitilchén* posee una riqueza, y en otros aspectos, que a continuación desarrollamos, la obra de Hernán Lara Zavala no se queda atrás. Es obvio que contiene las cualidades literarias para valorarla pues, como apunta Marco Antonio Campos, "Lara Zavala sabe ver y oír bien ..., equilibrar la frase ..., crear la intriga, cerrar espléndidamente los relatos" (p. 58).

En el caso de *De Zitilchén*, también hay que considerar el título, pues éste cumple una función rectora en la elaboración temático-formal de los cuentos. El título de un libro contiene, sin duda, una carga de significación que se extiende cuando el lector se adentra al texto, ya sea porque hay una llamada explícita al título o porque, igual, sólo existe una referencia indirecta al mismo. En ambas situaciones, el título coloca al lector en una posición expectante. El libro *De Zitilchén* es un claro ejemplo de la eficacia de un título y de la singularidad que puede poseer éste al convertirse en el centro mismo a partir del cual van a surgir las historias de hombres, mujeres y niños. Efectivamente, la propuesta formal del libro de Lara Zavala se vuelve trascendente al ubicar sus textos en un espacio-centro ficticio, *Zitilchén*, lugar imaginario del que saldrán los cuentos, todos ubicados en ese ámbito, en el cual el autor

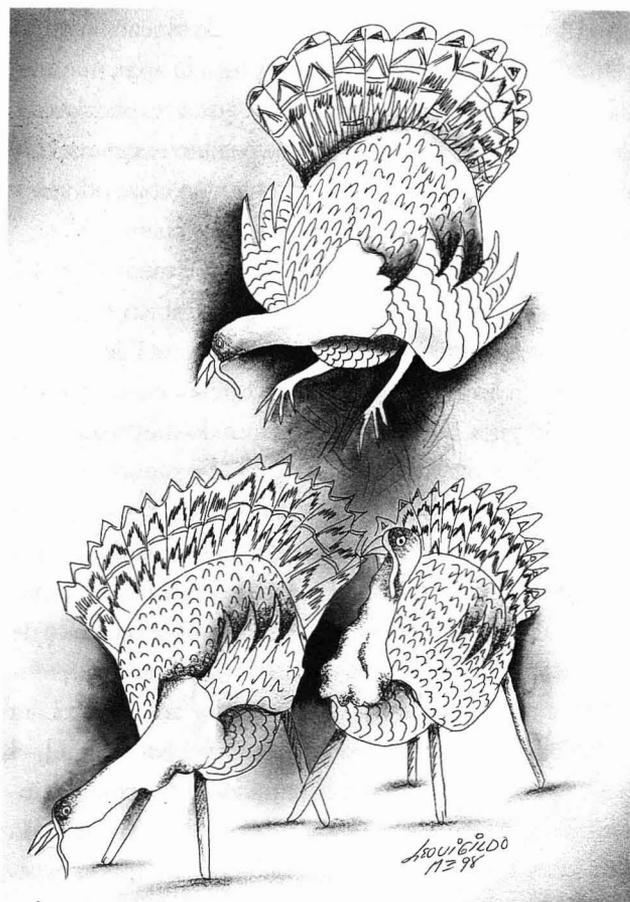


pluraliza las experiencias de los habitantes que viven y conviven allí.

En cada una de la historias, hay dos excepciones que mencionaremos más abajo; Zitilchén será el referente inmediato que, desde las primeras líneas de los cuentos, saldrá a relucir como un ansia de los narradores por dejar constancia espacial de un *aquí-ahora*, una reiteración donde el espacio deviene en una imagen en la que lo contado no puede estar en otro lugar. Debe especificarse el espacio exacto de las historias que se cuentan. Por eso, al inicio de cada lectura, el lector encuentra la inmediata justificación espacial: “Yo había venido de la ciudad a Zitilchén” (“A la caza de iguanas”, p. 19); “Blancas casas de paja esparcidas por los caminos entre árboles de tamarindo, naranjales y framboyanes anuncian la inminente llegada a Zitilchén” (“Legado”, p. 99); “El incidente ocurrió en Zitilchén” (“La seducción”, p. 111). Y así en la mayoría de los relatos.

Al precisar de esa manera la gran mayoría de las narraciones de *De Zitilchén*, el autor lleva hasta las últimas consecuencias la función dinámica del título de su libro. El autor no necesita un cuento con aquel título: la singularidad espacial ha hecho posible, a su vez, la singularidad de cada una de las historias y los personajes. El título, dirigido a cierto espacio, es un marco de referencia en el cual se acoge el escritor para aclarar la particularidad del lugar en que se mueve cada uno de los personajes, de modo que se realce el espacio geográfico ficcionado. Es por ello que Zitilchén en el espacio textual de cada cuento se universaliza, el microcosmos pasa a ser un macrocosmos en donde todo puede suceder.

En dos cuentos hay una variación respecto al funcionamiento del espacio-centro Zitilchén: en uno, “Macho viejo”, el narrador, casi hace desaparecer la referencia al lugar; es hasta la mitad del cuento cuando, por única vez, se hace referencia a él: “Qué va Macho. En Zitilchén a tu edad todo mundo” (p. 29). En otro, “Cuando llegaba el circo”, el espacio explícito desaparece. Éste es el único cuento donde no hay referencia inmediata al lugar que abraza las acciones de los personajes. No obstante, tanto en éste como en el cuento anterior, el lector está habituado, por la eficacia del título, al ámbito escritural en el que se desarrollan las acciones. Además, en el caso de “Cuando llegaba el circo”, el narrador, sin dar el nombre del lugar, ha ubicado al lector a través de coordenadas geográficas: “Caminaron por la carretera de Campeche. Cruzaron la pequeña plaza. Tomaron por la salida de Mérida” (p. 79). Por ello, el lector sabe que el acontecimiento narrado ocurre



en Zitilchén, ese espacio que ha sido presentado desde el título mismo y desarrollado a lo largo de otras narraciones.

Así, de una u otra manera, nombrando explícita o implícitamente el espacio, el título-espacio-centro cumple con efectividad su función dinámica a partir de la cual el autor crea un mundo sui géneris, donde el amor, la violencia, la infancia o la muerte son elementos inherentes a un universo entrañable y visualmente llamativo:

A medida que uno va adentrándose en el pueblo se divisan las primeras casas de mampostería ... Al fondo se abre una inmensa explanada cubierta de zacate en uno de cuyos extremos, a un costado de la iglesia con su amplio atrio amurallado, se levanta el antiguo convento, ahora convertido en escuela, tensado con amplios y frescos arcos. El reloj de la torre, lento y sórdido, cuenta los minutos de vida del pueblo y mira indiferente hacia la plaza, tres de cuyos costados llaman la atención por los fastuosos vestigios de las residencias que los ocupan: son las casas de los Amaro, de los Negrán y de los Baqueiro. (“Legado”, p. 99.)

Considerar a Zitilchén como parte fundamental de la construcción de las historias, ya sea como pretexto o como fundamentación, es necesario para entender el hacer

cuentístico del autor. En esa premeditada ubicación espacial es donde se encuentra la respuesta a la aparente sencillez de los cuentos de Lara Zavala,¹ que se explica por el ámbito establecido, inamovible, que permite ejecutar acciones en las que las frases cortas cumplen un cometido preciso, directo, que llena el discurso de los cuentos.

Esa efectividad de lo que se narra por mediación del espacio sugerido por el título explica también el uso de un lenguaje determinado. Lara Zavala ejecuta de manera más directa las diferentes historias que suceden en Zitilchén. Así pues, desde ese centro-mundo-ambiente vital se explican los referentes del lenguaje del sureste mexicano: la ceiba, los tirahúles, la iguana, el quitán, el pozol, el henequén, etcétera, reafirman aquella ubicación territorial. El espacio inspirador y el lenguaje están hermanados para producir y llenar en todo lo posible cada uno de los rincones ficcionales y las experiencias de los diferentes personajes. Todo ello provoca que los cuentos de Lara Zavala dejen personajes entrañables (el padre Chel, el doctor, Morris o los anónimos narradores-espectadores infantiles, por ejemplo) que son también, a todas luces, la inmediata muestra de un sutil realismo en el que la experiencia humana, introspectiva, deja resaltar las pasiones y creencias:

Lo que escribo es un pecado; es un pecado hacer de estos recuerdos palabras y llevar estas palabras al papel ... Yo llegué a Zitilchén para inspirar una nueva confianza en el ánimo de la gente. Vine a sustituir al padre Emilio García ... Soy, cómo decirlo, un hombre joven —no he cumplido aún los cuarenta años— y lleno de vida. Por mi pelo rizado y de color claro y mis ojos azules las feligresas me empezaron a llamar, respetuosa y afectuosamente, el “padre Chel”, apodo que no me molestó y que en todo caso permitió una mayor comunicación y confianza. Toco la guitarra, fumo, me gusta bailar y, por qué no decirlo, bebo, aunque nunca con la audacia ni en la cantidad con que beben los hombres de este pueblo que, dicho sea de paso, tienen espléndidas gargantas. (“El padre Chel”, pp. 69 y 70.)

En ese sentido, Zitilchén es el pretexto para adentrarse a un lugar desde el cual no sólo puede mirarse el in-

¹ Digo aparente porque en realidad si hay algo que resulta complejo es llegar a la frase precisa, única, que dé sentido a las características e interioridades de los personajes de una manera natural y fluida. Esto es lo que logra Lara Zavala y en mucho porque no sale del marco de referencia espacial al que alude el título.

terior humano, sino observar con vivacidad, desde diferentes ángulos narrativos, el alrededor. Nótese en el ejemplo citado la frase “aunque nunca con la audacia ni en la cantidad con que beben los hombres de este pueblo”. Así, Zitilchén es un ámbito desde el cual se puede ir al interior, pero también hacia el afuera, que lleva a los narradores, y por momentos a los personajes, a observar con admiración o desilusión su mundo cotidiano: “Los de Zitilchén tenían más de una hora conversando sobre los mismos temas de siempre, refugiándose en la bebida como antídoto contra el tedio” (“El beso”, p. 54).

Por lo dicho hasta aquí, Zitilchén es el punto de inicio, el pretexto ficcional por medio del cual Hernán Lara se adentra en los pensamientos, ideales y modos de vida de quienes son capaces de plasmar su sentir; en todo caso, todos los cuentos se relacionan a partir de ese espacio-centro en el cual se narran las historias.

Si, como se ha apuntado líneas arriba, cada cuento inicia con esa ubicación espacial que proviene del título global del libro, no es de extrañar que a nivel formal las historias respondan a una misma actitud estética. Ésta es notable en la manera en que terminan los cuentos. Fiel a una tradición cuentística, Lara Zavala pone el acento en el final de cada uno de ellos. Él mismo ya había anotado: “En gran medida el éxito o fracaso de un cuento dependerá de su desenlace ... En otras palabras, todo cuento exige, por definición, un giro, un descubrimiento, un punto de reflexión que le dé sentido y ate cabos al tiempo que cierra el relato” (1995, 99). Lara Zavala logra, en efecto, cerrar cada historia con eficacia, de modo que el mundo de provincia se construya sobre cuentos hábilmente realizados:

Flavio se va marchitando poco a poco. De ser un hombre inicia un camino inverso y se convierte en un niño, en un bebé, en un olor a mierda y a orines hasta que un día amanece muerto. María le da gracias a Dios, finalmente Flavio ha dejado de sufrir.

María se halla sola. Ahora tiene más de ochenta años. Se ha terminado de bañar y se halla frente a la puerta de su casa tomando el fresco. En la tarde que declina, muy cerca de la noche, ve pasar a sus comadres indígenas, las saluda, y cuando ellas le preguntan si ya se va a descansar María sólo responde: “Ojalá, comadre, ojalá.” (“María”, p. 141.)

Esa pausada manera de situar lo último de la narración es una constante que logra recrear bien los finales de los

cuentos. Ninguno de ellos escapa a la singularidad que abre las expectativas de recepción e imaginación de los lectores. Es el momento en que el espacio Zitilchén alcanza una síntesis de comprensión total, que considero quedaría trunca sin la efectividad de los finales que se convierten en punto de reflexión, ya sea sobre las interioridades de los personajes o el afuera del espacio rural.

Lo anterior no quiere decir que los finales sean inesperados. Hay un proceso por medio del cual se construyen las historias y se van dando las pautas necesarias para recibir de manera lenta, que no aburrida, los finales. Así, cada final es la culminación de la aparente sencillez de la que ya hablábamos líneas arriba. Son finales que pacientemente llegan, con suavidad, con la armonía necesaria que se ha ido presentando a lo largo de la lectura de cada cuento. En ese sentido, en los finales se trata de no darle una conclusión definitiva al lector y, a su vez, que se note un cierre que permita meditar abiertamente sobre lo expuesto en cada cuento.

Finalmente, unido a lo anterior, se encuentra el manejo de la temporalidad; siempre existe un tipo de nostalgia gracias a la perspectiva de los narradores que se ubican en el pasado añorándolo o rechazándolo: "El estado de ánimo de su juventud ... revivía cada vez que estaba en Zitilchén. No era tan sólo el recuerdo. Era un halo de misterio, de secreto regocijo que perduraba a pesar de que Clara ya había muerto" ("Legado", p. 100). Esto, ese volver al pasado en el recuerdo, dota de cierta singularidad el lugar seleccionado (Zitilchén) e influye en los finales, de modo que éstos no son presentados abruptamente, sino más bien como una continuidad en la que los temas, las actitudes de los personajes y el mismo punto de vista de algunos narradores crean la sensación de final inacabable.

Así, por lo expuesto en este escrito, *De Zitilchén*, como primera obra de Lara Zavala, sigue siendo a la distancia una obra entrañable que debe de ser vista con los ojos de nuestro presente, pues a partir de ahí, y considerando el resto de la obra del

autor, podrá tenerse una visión más global de la idea estética propuesta. En todo caso, Hernán Lara Zavala se ha convertido en un escritor al que hay que volver para seguir reconstruyendo su mundo, su elocuente manera de percibir los espacios de provincia. ♦

Bibliografía citada

- Campos, Marco Antonio, "De Zitilchén, de Lara Zavala", en *Proceso*, núm. 288, 10 de mayo de 1982, pp. 58-60.
- Lara Zavala, Hernán, *Charras*, Alfaguara, México, 1995.
- , "Cómo escribo un cuento (Una aproximación de un oficiente)", en *Teorías del cuento II. La escritura del cuento*, El Estudio, UNAM, México, 1995, pp. 95-100.
- , *De Zitilchén*, Joaquín Mortiz (Serie del volador), México, 1981.
- , *De Zitilchén*, CNCA (Lecturas Mexicanas 91, Tercera serie), México, 1994.
- Molina, Silvia, "De Hernán, Zitilchén", en *Cuento contigo (La ficción en México)*, ed., pról. y notas de Alfredo Pavón, Universidad Autónoma de Tlaxcala (Serie Destino Arbitrario, 9), México, 1993, pp. 109-116.
- Ruffinelli, Jorge, "De cuento en cuento", en *Sábado*, suplemento cultural de *Unomásuno*, núm. 240, 12 de junio de 1982, p. 10.

